

## EM2 / CULTURA

## DAVID GARNETT

Edición de su novela 'La dama que se transformó en zorro'

## 'Made in Bloomsbury'



GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES / 347

MANUEL HIDALGO

iBloomsbury! Vocear esta palabra desata una erupción de evocaciones y fantasías. Han corrido ríos de tinta sobre las vidas y las obras de los escritores, intelectuales y pintores universalmente conocidos como el Grupo de Bloomsbury. Ellos mismos –y sus hijos– dieron cuenta de sus experiencias en multitud de cartas, diarios, libros autobiográficos y de ficción, mientras que una legión de ensayistas y estudiosos han abordado sus vidas cruzadas y sus peripecias individuales. Miles y miles de metros de celuloide han reflejado sus aventuras personales y su bulliciosa actividad colectiva. Y allí, en el meollo, como importante protagonista secundario –valga la expresión–, estuvo David Garnett.

El mejor libro que he leído sobre el grupo es *Bloomsbury* (Alianza Editorial), del profesor norteamericano Leon Edel, el más destacado biógrafo de Henry James. Este libro lleva originalmente como subtítulo *Una guardia de leones*. El profesor Edel nos proporciona el listado canónico del núcleo duro de los miembros del grupo, de los leones. Son éstos: Clive Bell, Vanesa Bell, Roger Fry,

Comenzó un romance con Angélica, la hija de su ex amante Duncan Grant. Todavía estaba casado

Duncan Grant, John Maynard Keynes, Desmond McCarthy, Lytton Strachey, Leonard Woolf y Virginia Woolf. Hubo muchos adláteres, en condición de externos y mediopensionistas, y algunos aportaron tanto brillo como el que se deduce de sus nombres: Dora Carrington, Gerald Brenan y Bertrand Russell, por no seguir.

Hijos del victorianismo, liberales, progresistas, elitistas, extravagantes, narcisistas y muy creativos, residieron y/o se reunieron en el céntrico barrio londinense de Bloomsbury –lleno de jardines y de preciosas plazas, sede del British Museum y de la universidad de Londres–, sobre todo entre 1905 y 1920, y no pararon de hablar, escribir, pintar, pensar, inventar y acostarse entre ellos, todos con todos –por decirlo un poco, sólo un poco exageradamente–, en una apoteosis nunca vista de la promiscuidad intelectual, política, artística y sexual. Basta tirar de cualquier hilo.

Tiremos del hilo de David Garnett, nacido en Brighton en 1892, hijo único de un reconocido editor y de la más importante traductora de novelistas rusos de la época. Magníficamente educado, en su infancia estuvo, gracias a las amistades de sus padres, sobre las rodillas o ante el butacón donde se sentaban Joseph Conrad, H.G. Wells, Ford Madox Ford o George Bernard Shaw. Tela. Estudió botánica, o biología, o algo por el estilo.

Ahora hay que poner atención... El guapo y apuesto David Garnett se lió con un bastión del grupo, Duncan Grant –primo y amante de Lytton Strachey–, pintor post impresionista y bisexual como él mismo (y varios y varias más). Eso sucedió hacia 1914, y se fueron a trabajar a una granja para eludir, como objetos de conciencia, la Gran Guerra.

El asunto es que Grant se enamoró de Vanesa



David Garnett en mayo de 1964. CORDON PRESS

Bell –Stephen, de soltera, hermana de Virginia Woolf–, que era la esposa de su amigo Clive Bell, crítico de arte y colega de Bloomsbury, con quien ya había tenido dos hijos. Duncan, Vanesa y David se fueron a vivir juntos a una granja en Charles-

ton. Allí nació Angélica, hija de Duncan y de Vanesa, aunque a la chica siempre le dijeron que era hija de Clive, que los visitaba a todos con gran frecuencia. Parémoslo aquí de momento.

David Garnett publicó *La dama que se transformó en zorro* (Periférica), su primera novela en solitario, en 1922. Deliciosa e inquietante a más no poder. El acomodado señor Tebrick pasea por un bosque, cerca de su propiedad, con su joven, reciente y bella esposa. Escuchan trompas de caza y ladridos de perros. Ella camina rezagada cuando él oye un alarido, vuelve la vista atrás y se encuentra con que su mujercita se ha convertido en «un zorro pequeñito». Lo que leen. El señor Tebrick, muy enamorado, la cuida y la protege en su nueva condición, y ella responde, de momento, muy humanamente y muy agradecida a los desvelos de su esposo. La muy extraña pareja sirve a Garnett para indagar ingeniosamente sobre las características de toda pareja. Pero... ya llegará el momento en que nacerán zorritos, no digo más, y quizás no sucede lo que ustedes imaginan.

La convivencia de Charles-ton se disolvió pacíficamente, y David Garnett se casó en 1921 con Rachel Marshall y tuvo dos hijos con ella. El éxito de la novela que nos ocupa impulsó la carrera literaria de Garnett, sustentada en unos 40 libros entre los que hay muchas más novelas, ensayos, edición de cartas, retratos y volúmenes autobiográficos –especialmente, tres– que dan muchas noticias y visiones sobre sus amigos de Bloomsbury. Periférica ya publicó en 2011 una de esas novelas, *Formas del amor* (1955).

Garnett fue también responsable del prestigioso suplemento *New Statesman*, creó editoriales, fue piloto durante la II Guerra Mundial y, muy al estilo inglés, colaboró con los servicios de inteligencia.

Y las formas del amor, en efecto, siguieron dando juego.

Habíamos dicho que cuando vivía con Duncan Grant y Vanesa Bell nació la hija de éstos, Angélica. Garnett hizo un comentario muy favorable sobre la belleza de la recién nacida y –en carta a Lytton Strachey– se preguntó si sería muy escandaloso que, el día de mañana, llegara a casarse con ella. ¡Lo hizo!

Garnett comenzó un romance con Angélica, hija de su ex amante Duncan Grant, hacia 1938. Todavía estaba casado con Rachel, que moriría dos años después de un cáncer de mama. David y Angélica se casaron en 1942. Él le sacaba 20 años. Los padres de Angélica no vieron muy clara la conveniencia de ese matrimonio. David y Angélica tuvieron nada menos que cuatro hijas y vivieron juntos 25 años. Angélica Garnett alcanzó una gran reputación como pintora y, en la onda de toda la pandilla, también escribió, particularmente un libro de memorias en el que no se mostró demasiado complaciente con el modo de vivir que habían tenido sus padres y ella misma. Angélica murió hace ahora dos años, a los 93.

David Garnett, tras separarse de Angélica, se compró un castillo en Francia, al sur, y allí siguió escribiendo hasta que una hemorragia cerebral acabó con su vida en 1981. También cocinaba y embotellaba vino. Eso, formas de amor. Y de vida.

## Música / Festival

## Poca lluvia para mucho Primavera

JAVIER BLÁNQUEZ / Barcelona Decíamos ayer que los dioses habían sido generosos con Primavera Sound, protegiendo de las lluvias al festival en su primera jornada. No fue así en la segunda: el mismo diluvio del miércoles de puertas abiertas se precipitó mientras John Grant, cantautor indie y barbucho, comenzaba a tocar sus primeras baladas. «Lo siento, esto es culpa mía», se disculpaba mientras asistía impotente a la espantá general. Durante más de media hora plantearon los fantasmas de Glastonbury y Woodstock a la vez que los accesos a los escenarios Heineken y Sony empezaban a encharcarse. Un doble arco iris inmortalizado mil veces en Instagram selló una tregua en medio de un cielo todavía gris.

La música fue desgranándose en un rosario de calidad, un día más: en el Auditorio Rockdelux se disfrutó de la maravillosa Julia Holter, compositora con buena mano para el pop psicodélico, la electrónica ambiental y el jazz.

Al cierre de esta edición, la tregua con la lluvia parecía sellada amistosamente, pero sin muchas garantías: el cielo se veía negro. El diluvio hipotético, empero, respetó al trío de hermanas Haim, que firmó el concierto entre potente y kitsch, rico en homenajes al *hard rock* de los 80 y al pop incandescente de radiofórmula.

De los cuatro cabezas de cartel absolutos de Primavera Sound, dos cayeron en la noche del jueves. Fue una madrugada de vértigo, iniciada por unos pétreos Queens of the Stone Age, banda a la que hace tiempo que le viene pequeña la etiqueta de clásicos. Su actuación estuvo colmada de *hits* y saludos enervados. Fueron de lo más elástico de su repertorio a lo más impenetrable, empantando en impacto con Arcade Fire, que les tomaron el relevo en el escenario de enfrente con un lenguaje más variado. Vestidos de blanco, pintarrajeados de colores, con un deje *arty*, los canadienses son hoy una banda muy distinta a la que actuó en el mismo festival cuando *Fune-ral* (2003) quiso cambiar el rumbo del rock independiente. Están seguros de su estatus monstruo, de la épica de estadios al jugueteo con la tecnología propio de unos discípulos de Radiohead. Cuando llegaron a *No cars go* y *Neighborhood* la multitud no pudo aguantar la histeria, Primavera Sound se embolsó otro momento mítico para su historia y su leyenda en expansión.